

CONTESTACIÓN AL DISCURSO PRONUNCIADO POR EL EXCMO. SR. D. ANTONIO COLLANTES DE TERÁN Y SÁNCHEZ EN EL ACTO DE SU TOMA DE POSESIÓN COMO ACADÉMICO DE NÚMERO

Por *MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ*

Siempre es motivo de especial alegría para esta Real Academia la incorporación a nuestras tareas corporativas de un nuevo académico numerario. Hoy lo es por múltiples motivos, al menos para mí. Por ello agradezco a nuestro Director haberme confiado el honroso encargo de contestar al discurso de ingreso de D. Antonio Collantes de Terán y Sánchez en esta Corporación, a la que el apellido “Collantes de Terán” le es familiar. En efecto, académicos de esta Real Academia fueron don Francisco Collantes de Terán y Delorme y don Juan Collantes de Terán, padre y primo, respectivamente, del nuevo académico. El primero dejó el recuerdo de un profesional fuera de serie, tanto como arqueólogo como archivero que fue del Archivo Municipal de nuestra ciudad; el segundo, fallecido prematuramente, catedrático que fue de nuestra Universidad, dejó fama de fino poeta e inteligente historiador de la literatura hispano-americana, además de su valiosa biblioteca, donada a esta institución en memoria suya por su viuda e hijos. Y hoy, gozosamente, la saga ilustre de los Collantes de Terán continúa y se prolonga entre nosotros con el ingreso en esta Academia de nuestro compañero Antonio Collantes de Terán.

Nuestro nuevo académico pertenece —acabo de señalarlo— a una larga y fecunda saga de sevillanos, que ha dado a la ciudad escritores, eruditos, poetas e investigadores históricos de primera

fila, sin cuya obra el conocimiento sobre la historia de Sevilla sería hoy mucho más limitado. En efecto, varias de las obras imprescindibles de la historia sevillana tienen en su portada el apellido COLLANTES DE TERÁN. Recuerden, si no: *Establecimientos de Caridad de Sevilla*, de don Francisco de Paula Collantes de Terán y Caamaño; la *Contribución al estudio de la topografía sevillana en la Antigüedad y en la Edad Media*, de don Francisco Collantes de Terán y Delorme, y *Sevilla en la Baja Edad Media: La ciudad y sus hombres*, de nuestro nuevo académico. Tres libros y tres generaciones unidas por el hilo conductor de la historia sevillana y por el amor a esta ciudad.

Mi amistad con el nuevo académico viene de muy atrás, de cuando ambos éramos alumnos en la Facultad de Filosofía y Letras y estudiábamos la misma especialidad de Historia General con los mismos maestros. Era aquélla una Facultad pequeña, tanto en espacio como en alumnos. Nuestros cursos eran ya algo numerosos en comparación con años anteriores – docena y media de alumnos por curso de especialidad– y todos nos conocíamos. Antonio Collantes pertenecía a una promoción superior a la mía, aunque, en edad, le llevaba unos cuantos años de más. Terminados los estudios de licenciatura, ambos seguimos un camino básicamente paralelo, iniciando nuestra relación con la Universidad como Profesores Ayudantes de Clases Prácticas, puesto académico de reciente creación, de largo título y corta retribución. Ambos fuimos discípulos del mismo maestro, don Juan de Mata Carriazo y Arroquia, y desde entonces –con una breve ausencia de un curso académico, durante el cual presté servicios de la Universidad de La Laguna (Santa Cruz de Tenerife)–, hemos convivido en el mismo Seminario y, después, Departamento de “Prehistoria e Historia Antigua y Media de España”, hasta 1971; de “Historia Medieval”, hasta 1988, y de “Historia Medieval y Ciencias y Técnicas Historiográficas”, hasta hoy. Han sido, pues, muchos años de trato, de convivencia y de colaboración, lo que me sitúa en una posición privilegiada y, al mismo tiempo, de compromiso a la hora de dar la bienvenida a nuestra Academia a este querido compañero de tantos años. Por ello, ustedes me perdonarán y sabrán comprenderme si sobrepaso los límites de la contención emocional que en estos casos se exige

de quien responde en nombre de esta Corporación al Discurso de Ingreso de un nuevo académico.

Creo conocer, hasta donde es posible, el carácter y forma de ser de D. Antonio Collantes de Terán. Y él me va a permitir, violentando su natural modestia, que trace una somera semblanza de su perfil humano, profesional y académico.

Empecemos por lo primero: el hombre. Quien conozca al Dr. Collantes de Terán sabe muy bien de algunos rasgos de su carácter, entre los que yo destacaría los siguientes: su generosidad, su sentido de la amistad, su hombría de bien, su humor muy típicamente sevillano que contrasta con su seriedad aparente y su sentido de la responsabilidad y de la exigencia sin concesiones. Iba a añadir su laboriosidad congénita, compatible con otras aficiones; pero esto es algo que se verá cuando hable de su producción científica. Nuestro nuevo académico, en fin, es ante todo un hombre bueno, sencillo, modesto, que cumple aquella máxima de que sean otros quienes valoren lo que uno hace.

Como profesional, el nuevo académico ha simultaneado durante algunos años las aulas universitarias con su trabajo en el Archivo Municipal de Sevilla. Y esta doble dimensión de docente-investigador y archivero, ha marcado y marca la obra científica del nuevo Académico. Más aún, diría, ha condicionado de tal forma su quehacer investigador que, sin su paso por el Archivo, sin su conocimiento profundo de los fondos documentales que en él se conservan, su trayectoria investigadora hubiera sido tal vez otra. Porque el gran tema de su trabajo investigador ha sido y es Sevilla. Desde su primer estudio sobre la institución municipal del mayordomazgo de la ciudad —a partir de aquellos famosos “Papeles del Mayordomazgo” del concejo de Sevilla, redescubiertos por su padre en un olvidado almacén municipal, “papeles” que constituyen hoy una de las joyas de su Archivo— hasta los estudios de los últimos años sobre la fiscalidad municipal sevillana en la Edad Media, Sevilla ha sido el eje sobre el que ha basculado el trabajo del Dr. Collantes de Terán. Un trabajo que, siendo local, no ha caído nunca en el localismo, y que está impregnado de esa identificación amorosa con el objeto de estudio sin la cual es imposible entender la constancia y hasta el fervor, si se me permite hablar así, con que nuestro compañero trata temas apa-

rentemente tan áridos como las series de población vecinal o las cuentas de la hacienda municipal. Convencido de aquello que escribiera Rodrigo Caro en sus *Antigüedades de la ilustre ciudad de Sevilla* —“tiene Sevilla así en lo antiguo como en lo moderno mucho más que decir, y merece los desvelos de las más doctas plumas y todos quedarán cortos en la relación de sus grandezas, y yo el primero”—, el prof. Collantes ha sido fiel en todo momento a su principal y casi único tema de investigación: Sevilla. Un tema que se desgrana y desenvuelve, en un contrapunto complejo y diáfano a la vez, desde la Edad Media hasta los albores de los tiempos modernos, en múltiples variaciones. Desde aquellos trabajos primeros sobre la contabilidad municipal, a los que ahora ha vuelto, como he señalado, con entusiasmo y bríos renovados, pasando por la madurez de sus estudios demográficos y sociales sobre la población sevillana de fines de Medioevo, los propietarios rurales sevillanos, las oligarquías dirigentes, los comerciantes extranjeros, hasta sus últimos análisis sobre la ciudad física, su evolución y los avatares de su peculiar urbanismo.

Ese amor por Sevilla y por lo que su cultura representa le llevó a embarcarse en tareas editoriales que constituyen verdaderamente, vistas a cierta distancia, todo un hito en la historia reciente de nuestra ciudad. Me refiero en concreto en la puesta en marcha, desde el Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Sevilla del que fue responsable entre los años de 1979 a 1983, de la “Biblioteca de Temas Sevillanos” y de la magna obra, por él dirigida, del “Diccionario Histórico de las Calles de Sevilla”.

Se cuentan por decenas las reuniones científicas en las que el nuevo académico ha participado de forma activa mediante la presentación de ponencias o comunicaciones, en España y fuera de España. Especialmente notable es su relación con Italia que le ha llevado a disertar en Roma, Prato, Génova, Siena y Nápoles. Es autor, además, de un centenar de trabajos, entre libros propios o en colaboración, artículos en revistas especializadas y en Actas de Congresos y reuniones científicas de muy variada índole. Por todo ello, el Dr. Collantes de Terán es hoy un especialista de reconocido prestigio en temas de fiscalidad, demografía, economía e historia urbana.

Como máximo especialista que es en historia de las ciudades, el discurso que acaba de pronunciar nuestro compañero de Academia debía versar, como así ha sido, sobre un tema de historia urbana. Y he decir, como valoración de conjunto, que hemos escuchado un magnífico discurso: bien construido y trabajado, riguroso en sus planteamientos, magníficamente informado y pleno de sugerencias para futuras investigaciones. No podía esperarse menos de quien ha dedicado toda una vida a investigar y reflexionar sobre el papel de la ciudad, su evolución y su significado dentro de la sociedad andaluza de los siglos finales de la Edad Media.

Hoy día damos por supuesto que la ciudad siempre estuvo aquí, o que siempre tuvo la influencia –social, económica y cultural– que ha ejercido durante los últimos siglos. No fue así, por lo menos, en la Edad Media y en buena parte del espacio europeo. Se admite, y con razón, que el final del Imperio Romano y las invasiones bárbaras produjeron el hundimiento, la decadencia y, en algunas partes, la desaparición de la ciudad antigua. Habrá que esperar a los siglos XI, XII y XIII para que en toda Europa se produzca un espectacular renacimiento urbano, coincidiendo con la “revolución comercial” de la que habló R. S. López.

Antonio Collantes nos ha hablado en su "Discurso sobre las ciudades de Andalucía" de un espacio europeo privilegiado en lo que al fenómeno urbano se refiere. Y es que, como es bien sabido, en ninguna región peninsular como la nuestra dejó la romanización, asentada sobre los sólidos cimientos del mundo púnico y turdetano, una huella tan duradera. Y tan profunda fue, que ni siquiera la atonía económica de la época visigoda pudo borrar la huella dejada por la romanidad. Sobre este precedente, el sur peninsular –el verdadero meollo de al-Andalus– se constituyó como una sociedad de base urbana que contrastaba profundamente con el fuerte regreso al ruralismo de la España cristiana del norte. Y de esta forma, al-Andalus legó a Castilla una Andalucía caracterizada, como Murcia, conquistada también en tiempos de Fernando III, por la importancia de fenómeno urbano. Ante la retina de los conquistadores se abrió de pronto un mundo pleno de ciudades deslumbrantes: Úbeda, Baeza, Jaén, Andújar, Arjona. Cór-

doba, Montoro, Córdoba, Lucena, Baena, Priego, Palma del Río, Lora, Écija, Marchena, Carmona, Osuna, Morón, Sevilla, Jerez, Arcos, Lebrija. Medina Sidonia, Cádiz, Niebla, Huelva, Gibraltor ... Tantas y tan llamativas en su aspecto físico, que a Fernando III y Alfonso X, cuando diseñaron la estructura socio-militar de su población renovada, les pareció inadecuado hablar de “caballeros villanos” y se inventaron la denominación de “caballeros ciudadanos”, más acorde con la realidad física de las poblaciones en las que se establecieron.

Don Antonio Collantes nos ha hablado, con sabiduría y gran acopio de datos, de esa Andalucía de las ciudades. Una Andalucía en la que destacaban Sevilla y Córdoba, pero que podía exhibir en los inicios de los tiempos modernos una docena de núcleos urbanos que hacían de la región la más urbanizada de toda la Península Ibérica.

Pero más que su tamaño o su población, lo decisivo era la índole de sus actividades específicamente “urbanas”. Desde este punto de vista, el número de ciudades en el pleno sentido de la palabra era más reducido, quedando englobadas en dicha categoría tan sólo una media docena: Baeza y Úbeda, en el alto Guadalquivir; Córdoba; Sevilla, Jerez, Cádiz (dotada de poca población estable, es cierto, pero activísima en el tráfico comercial entre el Mediterráneo y el Atlántico), El Puerto de Santa María y Sanlúcar de Barrameda, la puerta de entrada y salida del tráfico comercial con centro en Sevilla.

El discurso leído por nuestro nuevo compañero contiene una reflexión de enorme actualidad. Todo ese mundo de ciudades giraba en cierta manera en torno a Sevilla, que ejercía así un claro papel de capital *de facto* de Andalucía. Por ella, gracias a su puerto, salía buena parte de su producción agrícola y ganadera así como los productos de su artesanía, al tiempo que entraba lo que el comercio marítimo aportaba a la región. En una palabra, Sevilla ejerció, en el conjunto de la Andalucía de los tres reinos –por su población, por sus actividades económicas, por sus estructuras administrativas, por la presencia representantes del poder real, como el adelantado y el almirante y por otros factores señalados por el nuevo Académico– un papel de centralidad indiscutible, reforzado por el hecho de ser Sevi-

lla un enclave fundamental dentro de la “red” del comercio internacional europeo.

Sr. Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras
Señores Académicos
Señoras y señores

Hoy ha ingresado en esta Real Academia uno de los mejores historiadores que ha producido Sevilla en los últimos decenios. Sin duda, le viene de casta. Pero ha sido un hombre que se ha hecho a sí mismo a costa de trabajo constante, vocación y amor por Sevilla y por la historia. Al darle la bienvenida a esta Casa donde se cultivan tan múltiples saberes, nos congratulamos todos por lo que su presencia en ella nos aporta y por lo mucho que aún esperamos de su buen hacer y de su más que probada capacidad.

He dicho